

**Observatory on Structures and Institutions of
Inequality in Latin America**

Working Paper Series

#31

*Vejez y vulnerabilidad en Uruguay:
¿Una cara inexplorada de la desigualdad?*

Cecilia Rossel, Santiago Cardozo y Federico Rodríguez

February, 2011

Center for Latin American Studies

University of Miami

Author Contact Information:

Cecilia Rossel, Santiago Cardozo y Federico Rodríguez
Programa de Investigación sobre Pobreza y Exclusión Social (IPES)
Universidad Católica del Uruguay
mcrossel@gmail.com

Resumen

El artículo analiza la existencia e desigualdades inexploradas en la población adulta mayor uruguaya. A partir del análisis de los procesos de fragmentación y exclusión social que estas generaciones han atravesado, identifica los factores específicos que explican las brechas entre distintos sectores de la población en esta etapa de la vida. Para alcanzar este objetivo, parte de la noción de transiciones, la pérdida progresiva de roles asociados a la vida adulta y el proceso paralelo de conformación de nuevas combinaciones que emergen de los tres pilares básicos de la protección social: familia, empleo y estado. En base a datos de encuestas de hogares, realiza un análisis multivariado que permite identificar grupos estilizados, equivalentes a cuatro formas diferenciadas de transitar la vejez en el Uruguay.

Abstract

The article studies the existence of unexplored inequalities on the old age population in Uruguay, analyzing the processes of fragmentation and social exclusion that these generations have gone through, trying to identify the specific factors that explain the gaps between different groups of the population in the phase of life. To reach this objective, it parts from the notion of transitions, the progressive loss of roles associated to adulthood and the parallel process of conformation of new settings that emerge from the combination of the main welfare provision pillars: family, market and the state.

Introducción

En contraste con lo que ocurre en la mayor parte de los países latinoamericanos, Uruguay destina un importante porcentaje de su gasto social a cubrir las transferencias a la seguridad social. Este gasto, como diversos estudios han mostrado, ha tendido una “malla de protección” sobre las generaciones más viejas. A pesar de que existe una incipiente reorientación de la transferencia de recursos públicos entre las generaciones (Buchelli, González y Olivieri, 2010) ésta no ha logrado revertir la consolidación de un sistema que protege en forma insuficiente a sus niños y jóvenes (Kaztman y Filgueira, 2001; Filgueira, Rodríguez, Rafaniello, Lijtenstein y Alegre, 2005). Este desbalance se da a partir de particularidades propias del caso: un país que transitó en forma temprana su transición demográfica, que presenta una estructura poblacional envejecida y que desplegó un sistema de protección orientado a la tercera edad maduro y de amplia cobertura.

Esta realidad ha despertado extremo interés en el Uruguay, marcando una agenda de políticas destinadas a la infancia y a la niñez. Sin embargo, este valioso avance ha contribuido a “dejar de lado” a la tercera edad, tratándola como una categoría que no requiere más atención de parte de las políticas de la que ya recibe. Pero esta forma de pensar, en realidad, contradice la importancia que el análisis en profundidad de esta población debería tener en un país como Uruguay, con una envejecida estructura demográfica y con el importante esfuerzo fiscal que realiza para su protección.

De hecho, al mirar más en profundidad a este sector poblacional surge que existen diversas realidades que deben ser comprendidas para discutir el diseño de un sistema de protección que atienda, de manera más justa, las inequidades que hoy conviven al interior de esta población. La forma en que se da el tránsito hacia y durante la vejez, y fundamentalmente en cómo se cristalizan diversas situaciones de desigualdad horizontal a partir de la sedimentación de formas de protección dispares, requiere de estudios que permitan reconocer los patrones de bienestar y vulnerabilidad de distintos grupos poblacionales (Rodríguez y Rossel, 2009).

En particular, el presente trabajo procura brindar elementos que se encuentran en la base de las desigualdades de acceso al bienestar. A partir de la constatación de diversas formas de tránsito durante la vejez, se avanza en la comprensión de algunos patrones que constituyen la base de las desigualdad en esta edad: la reconfiguración familiar que se da en estas etapas de la vida, la forma en cómo se desvincula del mercado de trabajo y se accede a un sistema de jubilaciones de manera de garantizar ciertos estándares de vida, o de mantenerse de manera informal en el circuito laboral son algunos aspectos claves para comprender las diversas realidades de esta población. A partir de estas premisas, y de la elaboración de un análisis de clusters, se identifican cuatro grupos de adultos mayores, con desiguales niveles de bienestar y con configuraciones de riesgos distintas que inciden directamente en la calidad de vida que pueda llevar.

En definitiva, el artículo explora en profundidad la existencia de desigualdades en la población adulta mayor del Uruguay, analizando los procesos de fragmentación y exclusión social que han vivido estas generaciones e identificando la forma en que se combinan los factores específicos que condicionan las brechas entre distintos grupos de la población en esa etapa del ciclo vital.

Ciclo de vida, transiciones, riesgos y desigualdades en la vejez

El análisis de una población que transita por la tercera edad necesariamente implica considerar algunas características de su propio ciclo vital. La vejez constituye una etapa en la que se manifiesta la acumulación tanto de los bienes y recursos que contribuyen a asegurar ciertos niveles de bienestar como de los riesgos que pueden socavarlo.

No es lo mismo analizar el bienestar en la niñez o juventud, donde sus principales fuentes de bienestar radican en los hogares y en la forma en cómo se los protege de cara a una inserción en el mundo adulto, que analizar el bienestar propio de aquellos que comienzan una etapa de retiro en algunas dimensiones claves generadoras de bienestar, como es el caso del mercado laboral. Por ello es clave la noción de ciclo de vida en la personas, identificando sus procesos de acumulación de activos en las distintas etapas por las que han transitado.

Las historias personales y familiares ayudan a comprender algunos comportamientos típicos que se identifican en este tramo etario, plasmados muchas veces en la forma que adquiere el alejamiento del mercado laboral y el consecuente acceso a un sistema de jubilaciones y pensiones, o en cómo se van configurando nuevas formas de constitución familiar. En cualquier caso, importa resaltar que conforme avanza su edad las personas comienzan a transitar por algunos cambios en las esferas que le fueron brindando más o menos protección, al tiempo que comienzan a operar nuevos riesgos que pueden socavar el bienestar conseguido (Elder, 1998).

Asimismo, ello remite a considerar el contexto histórico en el cual crecieron las personas (Settersen, 2006), atendiendo a la forma en que operó el sistema de protección social para una generación que ostentaba menores niveles de desigualdad que las que vivían en los países de la región. No obstante este hecho no exime de la necesidad de observar algunas especificidades que hoy presentan estas personas en términos de bienestar, ya sea desde los niveles de cobertura de salud o de acceso a un sistema de jubilaciones y pensiones que comienza a operar con fuerza a partir de estas edades.

Ciertamente, el tránsito hacia esta etapa de la vida no es de un momento a otro, ni es producto de cumplir los 65 años de edad. Dicho tránsito se caracteriza por cambios que se dan paulatinamente en la forma de vivir de las personas, y la familia y el empleo se constituyen en dos áreas claves para comprender los niveles de acceso al bienestar de los distintos grupos que hoy conviven dentro de la vejez en Uruguay.

a. Las transiciones y sus riesgos: familia y empleo

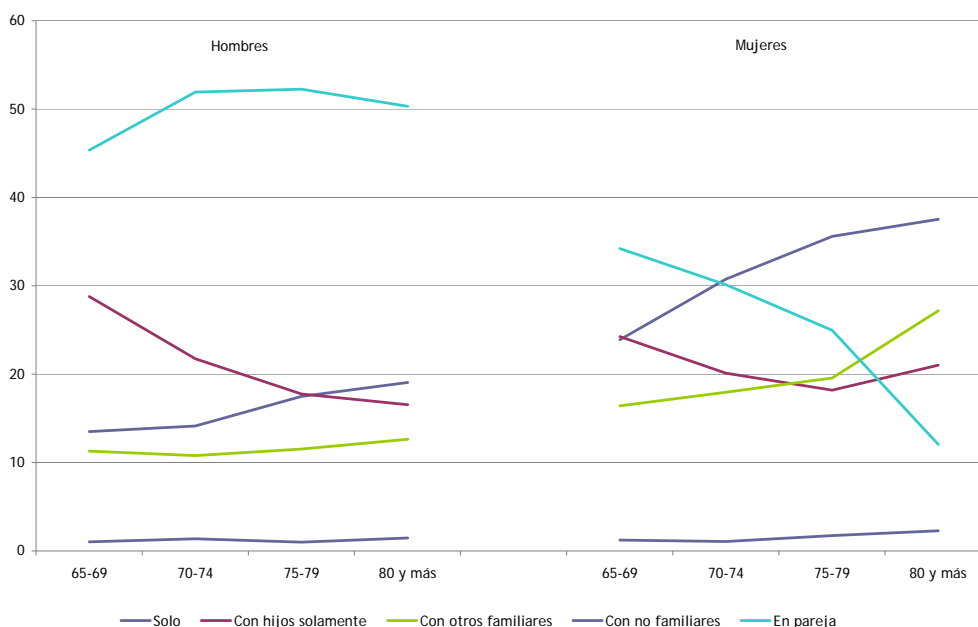
Como se mencionó al inicio, la comparación de la vejez con otras generaciones revela que los adultos mayores uruguayos tienen un mayor acceso al bienestar que otros grupos poblacionales. Las cifras no pueden ser más elocuentes: mientras que entre las personas de 65 años y más la proporción de pobres es de 8%, entre los menores de 6 años alcanza a 50% (INE, 2009: 16). Pese a esta notoria desigualdad en la distribución de la pobreza, distintas investigaciones muestran que, en Uruguay, la población adulta mayor también enfrenta riesgos y que éstos se distribuyen en forma desigual, castigando más a algunos grupos que a otros (Rodríguez y Rossel, 2009).

Los profundos cambios experimentados en la vejez y las transiciones que ocurren en la familia y el empleo introducen inevitablemente riesgos en la vida de las personas, que son atendidos en forma diversa por el sistema de protección social, generando o reproduciendo desigualdades. A continuación se analizan algunos de estos riesgos partiendo de los hitos que ocurren en la familia y el empleo al transitar la vejez, dejando al descubierto fuentes de desigualdad entre sectores de la población adulta mayor.

Familia

El primer plano en el que las transiciones introducen riesgos en la vida de los adultos mayores es la familia, porque el “vaciamiento” de los hogares -uno de los “hitos” que se experimentan en esta etapa- adquiere características diferentes para distintos sectores de la población. En la actualidad, uno de cada tres hogares con adultos mayores (33%) es unipersonal, otro 20% está compuesto por dos adultos mayores; casi un 18% está integrado por al menos un adulto mayor con personas de otras generaciones adultas y 28% son hogares que implican convivencia de adultos mayores con otras generaciones, incluidos niños o adolescentes. Por su parte, las investigaciones disponibles indican que existe un notorio sesgo femenino de los hogares unipersonales, frente a una mayor presencia de hombres viviendo con su pareja.

Gráfico 1. Distribución de los adultos mayores según personas con las que viven (2008).



Fuente: Elaboración propia en base a ECH-INE 2008.

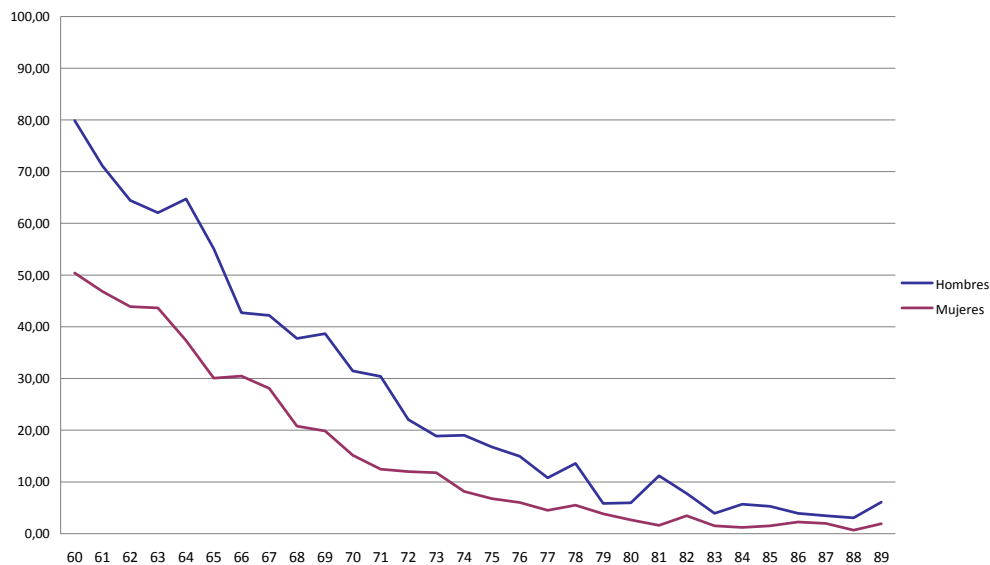
Por otro lado, la vida en pareja describe más claramente las trayectorias masculinas, ya que más de la mitad de los hombres de estas edades convive con su cónyuge. Finalmente, la convivencia con otros familiares pauta recorridos tanto de hombres como de mujeres, aunque es entre éstas últimas donde se hace más notoria, especialmente en los últimos años de la vejez. Existe evidencia contundente de que en Uruguay éste es un fenómeno que no afecta a todos por igual, ya que la viudez es un estado mucho más frecuente entre las mujeres que entre los hombres, porque éstos mueren antes que aquellas (UN-DESA: 2007) y porque, además, éstos son más propensos a formar nueva pareja (Gonnot, 1995; Paredes, 2008: 26-27).

En síntesis, los cambios que se van produciendo en las configuraciones familiares al llegar a esta edad demuestran diferentes realidades para hombres y mujeres, encontrando a un conjunto importante de estas últimas viviendo solas y enfrentándose al problema de la soledad, cuando las estrategias de adaptación no les permiten encontrar nuevas formas de convivencia familiar.

Empleo

El empleo es otra dimensión en la que ocurren cambios drásticos al transitar la vejez, poniendo de manifiesto desigualdades. En Uruguay, las trayectorias laborales de hombres y mujeres de estas generaciones han sido diferentes y, por tanto, también la salida del mercado de trabajo muestra patrones distintos para ambos grupos. Como surge del siguiente gráfico, la salida del mercado de trabajo es un proceso paulatino tanto para hombres como para las mujeres. No obstante, si bien la brecha entre ellos tiende a disminuir, su permanencia es indicativa de las diferentes formas de retiro que adoptan unos y otros.

Gráfico 2. Porcentaje de activos en la vejez por edades simples, según sexo (2008).

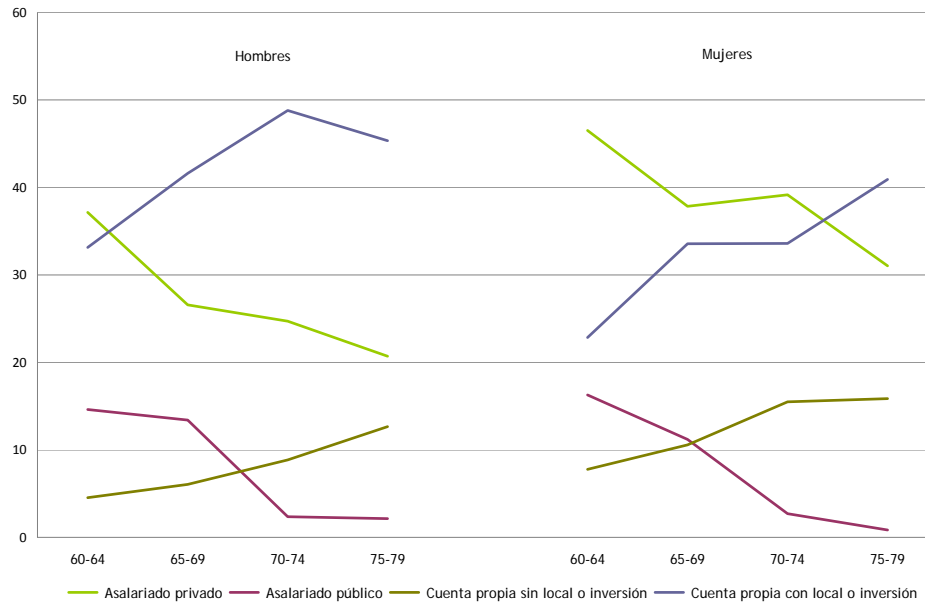


Fuente: Elaboración propia en base a ECH-INE 2008.

Esto se debe precisamente a las diferentes trayectorias que tuvieron ambos grupos poblacionales a lo largo de su vida, ya que los hombres mayores de 65 años de hoy fueron activos en forma continua, mientras que una proporción importante de las mujeres tuvieron historias laborales discontinuadas, intermitentes o informales. Esto implica que al llegar a la vejez, estas mujeres tiendan a estar menos insertas en el mercado de trabajo, hecho que se combina con un proceso de retiro más temprano que en el caso de los hombres. Entre estos últimos, por su parte, la opción por seguir trabajando en las edades teóricamente asociadas al retiro aparece asociada muy frecuentemente al trabajo por cuenta propia con local o inversión. Entre las mujeres, en

contrapartida, tiene más peso el trabajo dependiente –permanecen más tiempo como asalariadas en el sector privado-, aunque la opción de trabajo por cuenta propia también forma parte de la ecuación de permanencia en el empleo.

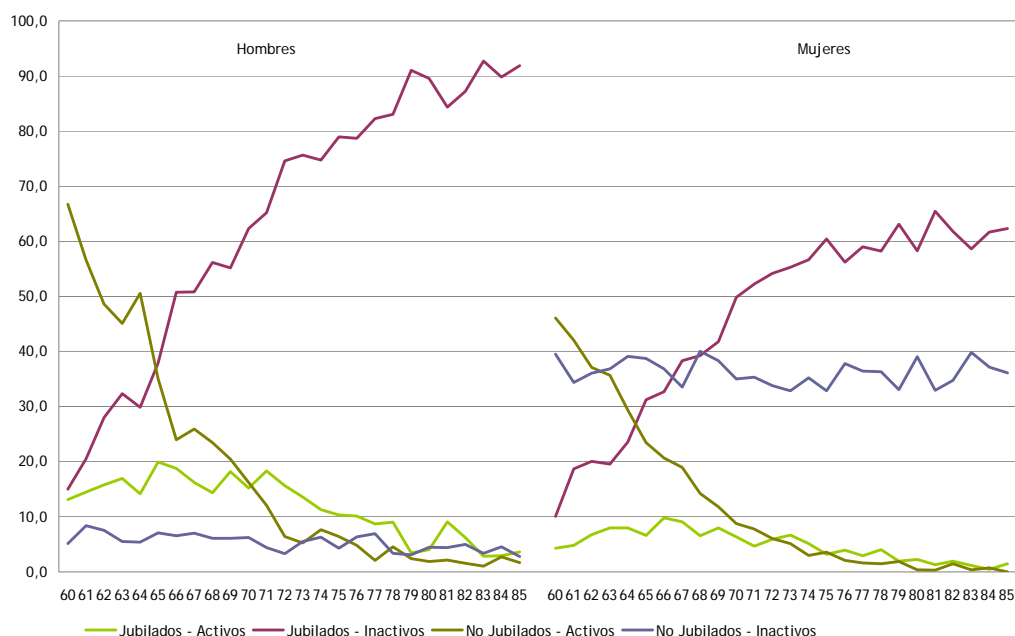
Gráfico 3. Categoría de la ocupación de adultos mayores ocupados, según edad y sexo (2008).



Fuente: Elaboración propia en base a ECH-INE 2008.

Este panorama indica un relacionamiento diferente de hombres y mujeres con el mercado de trabajo, que consolida “formas de llegada” distintas a la transición de salida del empleo en la vejez. Sin embargo, existe evidencia de que al llegar a esta etapa se producen nuevas diferencias en las trayectorias de ambos grupos, debido básicamente a una tendencia masculina a permanecer en mayor medida en el mercado de trabajo, aún cuando estén ya jubilados (Rodríguez y Rossel, 2009).

Gráfico 4. Tipología de actividad y jubilación, según edad y sexo (2008)



Fuente: Elaboración propia en base a ECH-INE 2008.

Precisamente, estas diferencias reseñadas tanto en la esfera familiar como en la forma de transitar y retirarse del mercado de empleo son las que se encuentran en la base de la desigualdad para esta población, ya que determinarán en buena medida la forma de acceso al bienestar al interior de la vejez.

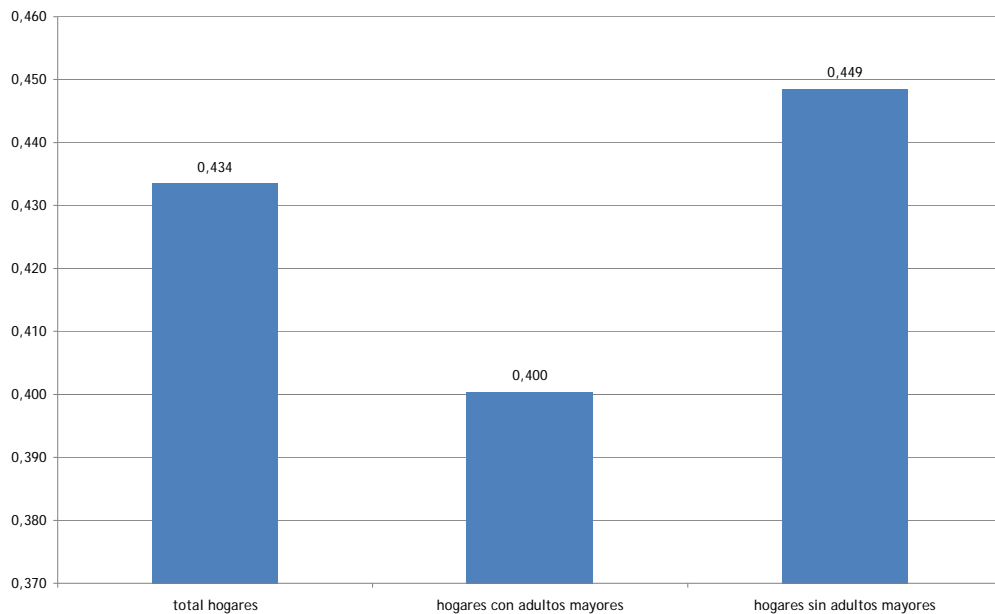
b. Acceso al bienestar en la vejez: ingresos y salud

El ingreso y la salud son dos de las principales fuentes de acceso al bienestar en la vejez, dos de las dimensiones clave de la protección en esta etapa de la vida. En los párrafos que siguen se analiza la situación de los adultos mayores uruguayos en estos dos planos, haciendo foco en las desigualdades surgidas por los déficit o diferencias en las formas que el Estado tiene de proteger a distintos grupos.

Ingresos

En Uruguay, la desigualdad de ingresos en esta población es sensiblemente menor a la registrada para otros grupos etarios. Para ilustrar esto, basta con observar los valores de los coeficientes de Gini para hogares con y sin adultos mayores.

Gráfico 5. Índices de Gini del ingreso per cápita en distintos tipos de hogares (2008).

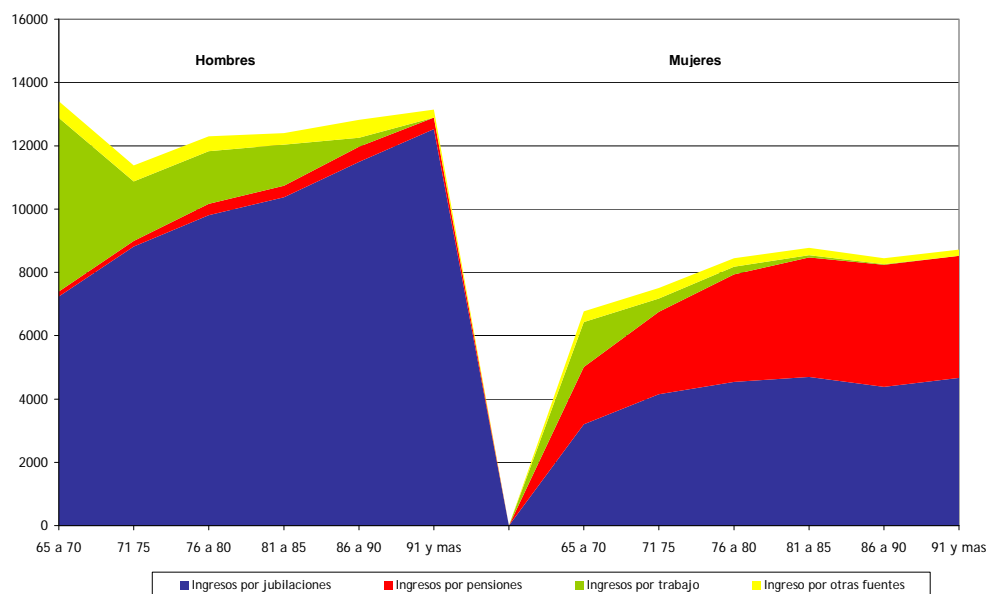


Fuente: Elaboración propia en base a ECH-INE 2008.

Esta situación ventajosa, sin embargo, esconde desigualdades al interior de la población vieja. Al revisar la evidencia surge una importante brecha de ingresos que existe entre hombres y mujeres. Según datos del año 2008, en Uruguay las mujeres adultas mayores perciben un 38% menos de ingresos personales que sus pares hombres, mostrando una vez más que el género es un factor central en la consolidación de desigualdades en esta edad.

Estas diferencias se deben, en buena medida, a la forma que asume en ambos grupos el pasaje del empleo al retiro, pero fundamentalmente al cambio en las fuentes de ingreso que de él se deriva.

Gráfico 6. Composición del ingreso de los adultos mayores, por tramos etarios, según sexo (2008).



Fuente: Elaboración propia en base a ECH-INE 2008.

En este tránsito, la mayoría de los hombres tienen acceso a jubilaciones, mientras que una proporción importante de las mujeres no lo tiene, déficit que el sistema de protección busca subsanar vía el otorgamiento de pensiones por fallecimiento de cónyuges o por invalidez y vejez en edades más avanzadas. Más allá de este panorama, vale recordar que el ingreso es más un atributo de los hogares que de las personas y que, como se observó anteriormente, al ser las mujeres las que en mayor medida viven solas, ello redundaría en una mayor disponibilidad de uso de los ingresos, aún cuando éstos son menores a los que perciben los hombres (Rodríguez y Rossel, 2009). Esto es claramente la herencia de un sistema de protección del tipo *bread-winner*, basado en las transferencias vía ingreso al mercado formal; y a un tipo societal en que las tasas de actividad en el mercado formal han sido muy desparejas (Filgueira, Rodríguez, Rafaniello, Lijtenstein y Alegre, 2005).

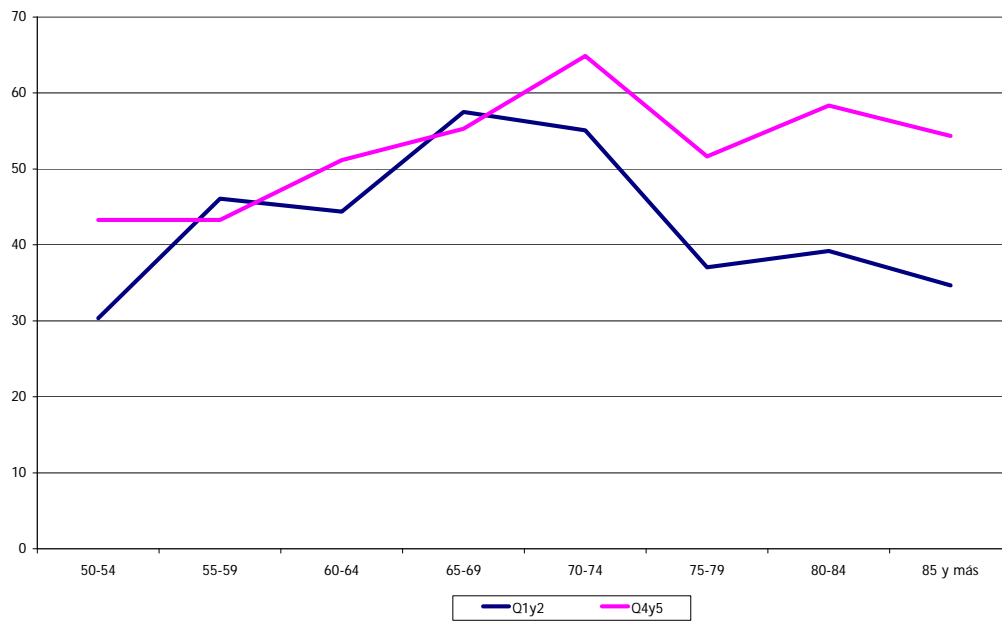
Salud

Finalmente, la atención de la salud es otra dimensión fundamental en esta etapa de la vida, fundamentalmente porque la pérdida de autovalía tiende a progresar a medida que avanza la edad. En este campo, existen diferencias notorias tanto en el tipo de cobertura

como en cuanto al acceso efectivo a la atención sanitaria entre distintos sectores, explicadas básicamente por nivel socio-económico.

Por un lado, es claro que la cobertura en servicios públicos (ASSE) se asocia a los sectores más empobrecidos, mientras que los adultos mayores con mayores ingresos tienden a tener cobertura en las Instituciones de Asistencia Médica Colectiva (IAMC) o, incluso, instituciones privadas (Pereira, Monteiro y Gelber, 2005).

Gráfico 7. Porcentaje de personas que se realizó un control médico en los 30 días previos a la encuesta (2006).



Fuente: Elaboración propia en base a ENHA – INE.

Por otro lado, la atención efectiva de la salud en la vejez es una de las manifestaciones más claras de estratificación por ingreso, con el agravante de que es precisamente en estas edades donde tienden a profundizarse estas diferencias con mayor severidad.

Multidimensionalidad y heterogeneidades de los riesgos y vulnerabilidades en la vejez

La evidencia presentada en la sección anterior ofrece pistas sobre los principales ejes en que la desigualdad está presente en la población adulta mayor en Uruguay. Los cambios familiares, las condiciones de salida del mercado de trabajo y la vinculación con el sistema de seguridad social dejan a algunos sectores de la vejez en condiciones de especial vulnerabilidad en términos de protección social. A su vez, existen disparidades importantes en los ingresos y la protección sanitaria, dos de los pilares en los que se apoya el acceso al bienestar en estos tramos etarios.

Investigaciones previas sugieren, además, que estas desigualdades están relacionadas entre sí (Rodríguez y Rossel, 2009). En particular, parece claro que la situación respecto al empleo y el retiro condicionan los niveles de ingreso, lo que a su vez condiciona el acceso a la protección sanitaria. La composición del hogar opera aquí como una variable que especifica: en algunos casos el “vaciamiento” puede equivaler a mayor autonomía y menor carga económica; en otros puede ser el paso previo a una excesiva soledad y dificultades de integración; en otros, la antesala a la reconfiguración y construcción de nuevos arreglos familiares.

Vale destacar también que, en las desigualdades identificadas, el género ocupa un lugar central. Las transformaciones familiares y los arreglos que de ellas se derivan asumen formas distintas entre hombres y mujeres, lo que se debe a tendencias demográficas distintas y a un diferencial de ingresos importante, no sólo en términos de niveles sino de fuentes. Si a esto se le suman las profundas diferencias en la forma de vinculación con el empleo a lo largo de la vida y, por ende, con la posibilidad de acceso a jubilación, se completa un cuadro en el que distintas “capas” de desigualdad sedimentan, dejando sistemáticamente en desventaja a una porción de las mujeres (Rodríguez y Rossel, 2009).

Más allá de estos hallazgos, aún se conoce poco sobre cómo se combinan los riesgos identificados en distintos sectores de la población adulta mayor. Cómo, en definitiva, se

articulan para cristalizar diferentes expresiones de la desigualdad. El ejercicio presentado en las secciones siguientes de este artículo procura comenzar a saldar esta deuda.

La hipótesis de la que parte el análisis es que es posible identificar formas estilizadas de transitar a la vejez en Uruguay a partir de la caracterización de grupos de personas suficientemente diferenciados en cuanto a los riesgos que enfrentan en esta etapa de la vida y los caminos que recorren para resolverlos.

a. Metodología

Con el propósito de desarrollar esta hipótesis se realizó un análisis de clusters, partiendo de un conjunto de indicadores que surgen como los más relevantes desde el punto de vista teórico y de los hallazgos previos disponibles, resumidos en los apartados anteriores. El objetivo del ejercicio consiste en alcanzar una clasificación teóricamente convincente de los adultos mayores, procurando obtener grupos con la mayor homogeneidad interna y, al mismo tiempo, tan diferenciados entre sí como sea posible.

Específicamente, se trabajó con el método de *k-medias*, una de las técnicas no jerárquicas de análisis de clusters más frecuentemente utilizadas en la investigación social cuando se parte, como en este caso, de un número importante de observaciones. Una de las limitaciones más importantes del análisis de clusters radica en que no existe un criterio metodológicamente “duro” para determinar el número de grupos que mejor refleja la estructura subyacente de los datos. La decisión adoptada surge, por tanto, de una combinación entre algunas medidas indirectas relativas al ajuste de la solución encontrada y a la posibilidad de interpretarla en términos teóricamente sustantivos.

El análisis incorporó un conjunto de indicadores que reflejan aquellas dimensiones que la acumulación anterior sobre el tema destaca como factores de desigualdad en la vejez para el caso uruguayo: las características demográficas de las personas, la composición del hogar, la actividad laboral, el acceso a la seguridad social, los ingresos y la cobertura de salud. En este último caso, se consideró la afiliación al servicio de emergencia móvil, debido a que los derechos de atención general en el sistema mutual o público son

prácticamente universales. En el siguiente cuadro se detallan las dimensiones e indicadores utilizados.

Cuadro 1. Descripción de dimensiones e indicadores utilizados en la clasificación.

DIMENSIONES TEÓRICAS	INDICADORES	ESPECIFICACIÓN
Características demográficas	Sexo de la persona	Hombre=1; Mujer=0
	Sexo del jefe de hogar	Hombre=1; Mujer=0
Familia	Composición del hogar	1= Unipersonal; 2= Solo personas de 65 y más; 3= Multigeneracional sin menores; 4= Multigeneracional con menores
Actividad laboral	Trabajo	1=Sí; 0= No
Acceso a Seguridad Social	Acceso a jubilación	1=Sí; 0= No
	Acceso a pensión	1=Sí; 0= No
Ingresos	Situación de pobreza	1=Sí; 0= No
Salud	Afiliación a Emergencia	1=Sí; 0= No
	Móvil	

b. Cuatro formas de transitar a la vejez

El análisis de cluster permite identificar cuatro grupos de adultos mayores o, en otros términos, cuatro formas diferentes de transitar la vejez en el Uruguay (cuadro 2). La primera forma de avanzar en la descripción de los resultados es en términos de los propios indicadores incorporados. Los resultados sugieren, antes que nada, que la clasificación se sustenta en tres grandes dimensiones: el sexo, los arreglos familiares y el ingreso o, más precisamente, la exposición a la pobreza. El resto de las variables contribuye a profundizar las descripciones y permite plantear hipótesis sobre algunos de los mecanismos que las sustentan. Propondremos llamar a cada grupo del siguiente modo: a) Mujeres autónomas; b) Mujeres vulnerables; c) Mixto integrado; d) Mixto vulnerable.

Cuadro 2. Resultados del análisis de clusters (valores de los centroides en cada grupo).

	Cluster n°				Total
	I Mujeres	II Mujeres	III Mixto	IV Mixto	

	autónomas	vulnerables	integrado	vulnerable	
Sexo de la persona	0,004	0,008	0,608	0,791	0,401
Sexo del jefe de hogar	0,000	0,292	0,944	0,929	0,608
Tipo de hogar	1,149	3,271	1,811	3,205	2,270
Persona económicamente activa	0,118	0,102	0,167	0,276	0,168
Percibe jubilación	0,626	0,463	0,747	0,774	0,671
Percibe pensión	0,717	0,744	0,115	0,038	0,352
Tiene emergencia móvil	0,597	0,532	0,501	0,409	0,507
Ubicado en un hogar pobre	0,017	0,122	0,027	0,105	0,061
% de cada grupo sobre el total	21,7	19,6	36,0	22,7	100,0

Fuente: Elaboración propia en base a ECH-INE 2008.

El primer conglomerado, de “Mujeres autónomas”, reúne al 21,7% de la población de 65 años y más y está compuesto exclusivamente por mujeres que en su mayoría (85,1%) viven solas o, menos frecuentemente, con otro adulto mayor (14,9%). En este último caso, se trata básicamente -como se detallará más adelante- de arreglos familiares con otros parientes sin vínculos conyugales, especialmente hermanos. Estos hogares tienen en su totalidad jefatura femenina. Las mujeres de este grupo presentan un bajo nivel de actividad laboral (11,8%) y cuentan con un amplio acceso a jubilaciones (62,6%) y/o pensiones (71,7%). En conjunto, estas estrategias les aseguran una buena cobertura de salud (ostentan el acceso más amplio de los cuatro grupos a los servicios de emergencia móvil) y prácticamente inmuniza a este grupo de mujeres contra los riesgos de caer en situaciones de pobreza (menos del 2%).

Al igual que el anterior, el segundo grupo, que representa al 19,6% de la población de 65 años y más, está compuesto únicamente por mujeres. Sin embargo, a diferencia de las primeras, estas últimas se ubican en hogares sensiblemente más grandes en los que conviven con otras personas menores de 65 años e incluso, en una proporción importante de los casos, con niños o adolescentes, tal como se describe más adelante. La jefatura de estos hogares es predominantemente femenina (aproximadamente en el 70% de los casos) pero no siempre está a cargo del adulto mayor. De hecho, destacan en este grupo mujeres que se ubican en el hogar de la generación siguiente: de sus hijos, yerno o nuera u otros parientes. Sus niveles de actividad laboral son similares a los de las “Mujeres autónomas” (10,2%) y, al igual que ellas, presentan un amplio acceso a

pensiones (77,4%). En cambio, la proporción que percibe ingresos por concepto de jubilación (46,3%) es casi 20 puntos porcentuales menor en el cluster 2 que en el cluster 1 lo que, presumiblemente, esté reflejando trayectorias vitales personales menos vinculadas al mercado de trabajo. Esta última característica podría estar explicando, al menos en parte, la pauta de reagrupamiento familiar descrita, especialmente cuando se produce en torno al hogar de otros parientes o de la generación más joven. Finalmente y aunque no se registran grandes diferencias en torno al acceso a servicios de emergencia móvil (el porcentaje de mujeres con cobertura en este grupo es de todos modos algo inferior en comparación con el anterior), estas mujeres presentan niveles comparativamente altos de pobreza: 12,2%. Dicho en otros términos, la probabilidad de que estas mujeres vivan en un hogar pobre duplica a la registrada para el conjunto de adultos mayores (6,1%) y es seis veces mayor a la de las “Mujeres autónomas” (1,7%). En base a estas características, proponemos denominar a este segundo cluster como de “Mujeres vulnerables”.

El tercer conglomerado, que hemos denominado “Mixto integrado”, da cuenta del 36,0% de los adultos mayores. Con un 60,8% de hombres y un 39,2% de mujeres, es el grupo más heterogéneo de los cuatro identificados en cuanto a su composición por sexo. Estas personas se ubican en hogares chicos. Los niveles de actividad (16,7%) son algo mayores que en los dos grupos anteriores, lo que responde esencialmente a la situación de los varones: de hecho, la proporción de hombres activos, aproximadamente del 20%, duplica a la de las mujeres, cuyas tasas son básicamente iguales a las registradas entre las mujeres “Autónomas” y “Vulnerables”, en torno al 10%. Por otra parte, tres de cuatro de estos adultos mayores (74,7%) perciben ingresos por jubilación y aproximadamente un 11% por pensión. La pobreza en este grupo alcanza, al igual que en el primero, valores prácticamente marginales: 2,7%.

El último grupo representa al 22,7% de los adultos mayores y es el más masculinizado de los cuatro (79,1% de varones). Este grupo se asemeja al de “Mujeres vulnerables” en cuanto a sus arreglos familiares y a su vez presenta, por mucho, los mayores niveles de actividad (27,6%), a pesar de que tres de cada cuatro (77,4%) perciben ingresos por concepto de jubilación. En cambio, casi no hay pensionistas (3,8%), ni entre los varones ni tampoco, lo que es más llamativo, entre las mujeres. Por su parte, estos adultos mayores están expuestos a niveles de pobreza similares a los de las “Mujeres

vulnerables” y tienen, a su vez, el menor acceso a los servicios de emergencia móvil. Proponemos denominar a este grupo como “Mixto vulnerable”.

Cuadro 3. Caracterización de las dimensiones que conforman los *Clusters*.

<p style="text-align: center;"><u>Mujeres autónomas</u></p> <ul style="list-style-type: none"> • Mujeres • Amplio acceso a jubilaciones y pensiones • Amplio acceso a la salud • Baja tasa de actividad • Hogares unipersonales o bipersonales • Mínima probabilidad de caer bajo la línea de pobreza 	<p style="text-align: center;"><u>Mujeres vulnerables</u></p> <ul style="list-style-type: none"> • Mujeres • Amplio acceso a pensiones pero relativamente bajo a jubilaciones • Baja tasa de actividad • Hogares grandes, extendidos. • Menor acceso a servicios de salud • Riesgo de pobreza
<p style="text-align: center;"><u>Mixto integrado</u></p> <ul style="list-style-type: none"> • Hombres y mujeres • Hogares chicos, generalmente bipersonales, con jefatura masculina • Acceso a salud • Amplio acceso a jubilaciones y pensiones • Tasa de actividad intermedia en los varones y baja en las mujeres • Bajos riesgos de pobreza 	<p style="text-align: center;"><u>Mixto vulnerable</u></p> <ul style="list-style-type: none"> • Hombres y mujeres • Hogares extendidos con jefatura masculina • Altas tasas de actividad, a pesar de un buen acceso a jubilaciones • Menor acceso a pensiones • Altos riesgos relativos de pobreza

Fuente: Elaboración propia.

El análisis planteado hasta aquí sustenta el argumento central de este artículo, es decir, la existencia de pautas razonablemente diferenciadas de transición a la vejez. Los cuatro grupos identificados presentan configuraciones específicas de riesgo y, del mismo modo, distintos niveles de acceso al bienestar. El paso siguiente consiste en profundizar esta primera descripción en base a la consideración de otro conjunto de dimensiones, no necesariamente incluidas en los clusters, que permitan avanzar hipótesis informadas sobre los mecanismos que contribuyen a generar las diferencias señaladas.

Como se mostró anteriormente, un primer eje que discrimina a los cuatro grupos identificados refiere a los ingresos del hogar: mientras que entre las “Mujeres autónomas” y el grupo “Mixto integrado” la incidencia de la pobreza es casi marginal,

las “Mujeres vulnerables” y el grupo “Mixto vulnerable” presentan unos porcentajes comparativamente importantes. Cuando, además de los umbrales que definen si un hogar es pobre o no lo es, se considera la distribución del ingreso en su totalidad, se arriba a dos conclusiones adicionales que merecen destacarse y que surgen del cuadro 4.

Primero, que los dos grupos identificados como vulnerables están lejos de constituir conglomerados de “pobres”. De hecho, aproximadamente uno de cada cinco viejos clasificados en los clusters II o IV (los dos vulnerables) pertenecen al quintil más rico de hogares (20,7% y 22,0% respectivamente) y una proporción similar se ubican en el quintil anterior. Vale aclarar, al respecto, que el cálculo se realiza sobre la distribución del total de los hogares del país, cuenten o no con adultos mayores. Estos resultados están ilustrando, en este sentido, la situación favorable que en conjunto tiene este tramo de la población, tal como ha sido desarrollado más arriba. Más allá de esto, es notorio que los adultos clasificados en uno de los dos grupos vulnerables se ubican, en comparación con el resto de la población de 65 y más, en una posición desventajosa en la estructura de ingresos. Además de los que caen bajo la línea de pobreza –y que, gruesamente, coinciden con los del primer quintil-, vale la pena subrayar la relativamente alta proporción de estos adultos mayores que se ubica en el quintil II: 19,5% (“Mujeres vulnerables”) y 20,8% (“Mixto vulnerable”). Estas personas escapan a la pobreza pero enfrentan un riesgo considerable de caer en ella.

Segundo, las “Mujeres autónomas” se diferencian notoriamente del grupo “mixto integrado”, con el que comparten la virtual ausencia de personas en situación de pobreza, por un mayor nivel de ingresos: 43,9% de ellas pertenecen al quintil más rico, frente al 29,5% de los “mixtos integrados”. En el otro extremo, el porcentaje que corresponde al segundo quintil, lo que comporta el riesgo potencial de caer bajo la línea de pobreza, es de apenas un 7,2% en el primer grupo y asciende a un 12,5% en el Cluster III, lo cual refuerza las diferencias señaladas entre ambos.

Cuadro 4. Conglomerados de adultos mayores por quintiles de ingreso *per cápita* (2008).

	Mujeres autónomas	Mujeres vulnerables	Mixto integrado	Mixto vulnerable/activo	Total
Quintil 1	1,4	11,0	2,7	10,2	5,8
Quintil 2	7,2	19,5	12,5	20,8	14,6

Quintil 3	16,7	25,2	25,5	24,3	23,2
Quintil 4	30,8	23,6	29,7	22,7	27,2
Quintil 5	43,9	20,7	29,5	22,0	29,2
Total	100	100	100	100	100

Fuente: Elaboración propia en base a ECH-INE 2008.

* Los quintiles surgen de la distribución de ingresos de todos los hogares, no solo de los integrados por adultos mayores.

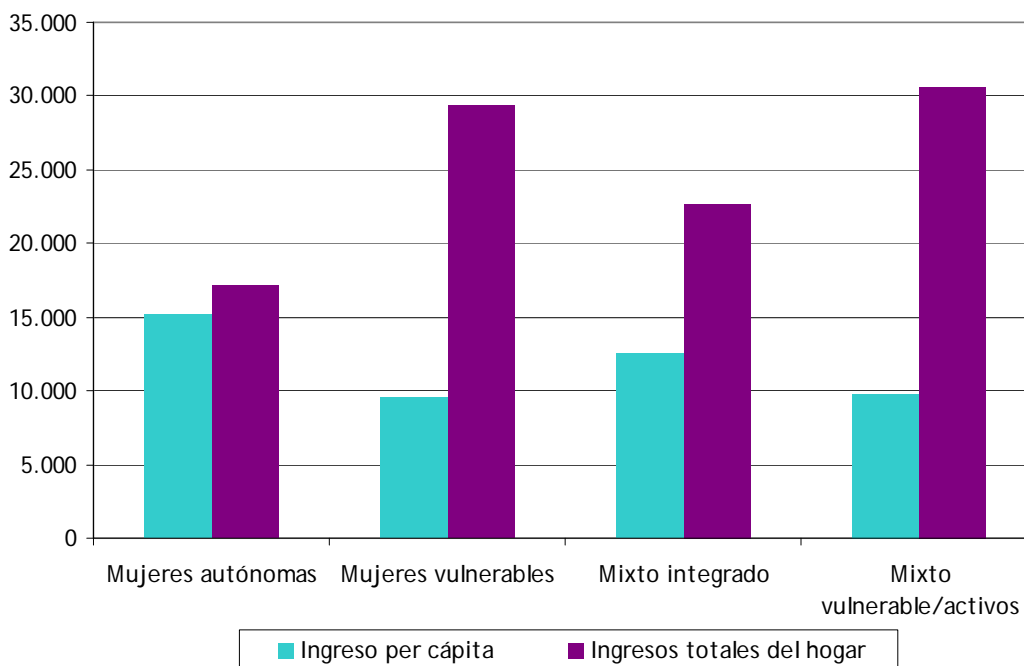
En parte, las diferencias anotadas responden a la composición y al tamaño de los hogares, puesto que los ingresos *per cápita* están afectados tanto por el volumen de la renta del núcleo familiar como por el número de personas que conviven bajo el mismo techo, así como por la relación entre perceptores y personas económicamente dependientes. De hecho, los ingresos totales en el grupo de “Mujeres autónomas” y en el “Mixto integrado” es, en promedio, menor al de los dos conglomerados “vulnerables” (gráfico 8). Además, tal como puede verse en el cuadro 5, predominan en estos casos, respectivamente, los hogares unipersonales y los integrados exclusivamente por adultos mayores.

Cuadro 5. Conglomerados de adultos mayores por composición del hogar en el que viven (2008).

	Mujeres autónomas	Mujeres vulnerables	Mixto integrado	Mixto vulnerable	Total
Unipersonal	85,1	0,0	18,9	0,0	25,3
Solo adultos mayores	14,9	0,0	81,1	0,0	32,4
Adultos mayores con otros adultos	0,0	72,9	0,0	79,5	32,3
Adultos mayores con niños	0,0	27,1	0,0	20,5	10,0
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

Fuente: Elaboración propia en base a ECH-INE 2008.

Gráfico 8. Promedio de ingresos totales del hogar e ingresos per cápita por conglomerados de adultos mayores (2008).

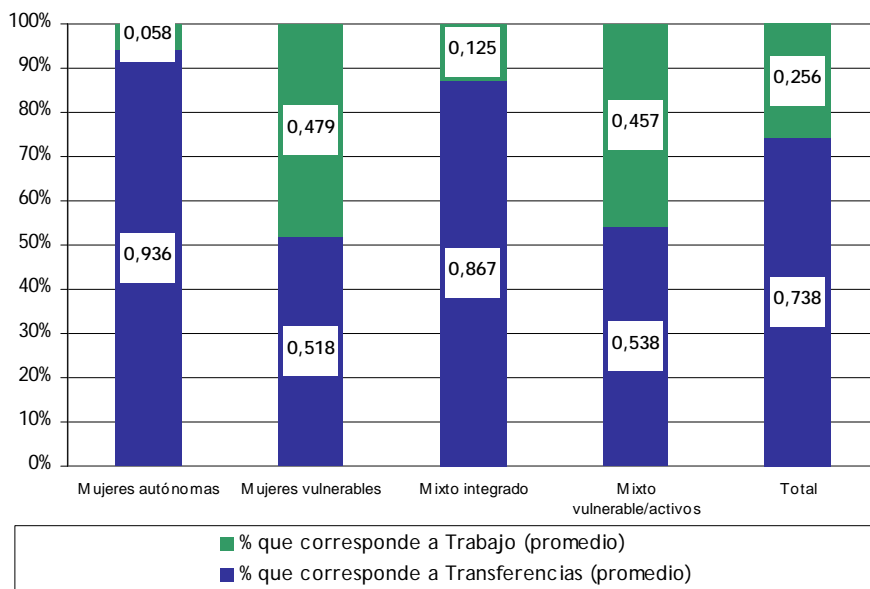


Fuente: Elaboración propia en base a ECH-INE 2008.

En otras palabras, la composición del hogar –básicamente, el mayor número de miembros, y especialmente la presencia de menores- es una variable explicativa central de la mejor situación de las “Mujeres autónomas” y del grupo “mixto integrado” en términos de ingreso per cápita. Sin embargo, no todas las diferencias radican allí: el grado y la forma en que cada uno de estos grupos accede al sistema de seguridad social juega, adicionalmente, un rol importante.

Como se observa en el gráfico que sigue, los ingresos de las “Mujeres autónomas” derivan casi exclusivamente de jubilaciones y pensiones (93,6%). El estado, a través de las transferencias monetarias vinculadas a la seguridad social, constituye para ellas la principal esfera de protección en el plano económico. Esta circunstancia las distingue del resto de los adultos mayores, incluidos -aunque en menor medida- los pertenecientes al cluster “Mixto integrado”: estos últimos presentan una pauta similar a la del grupo anterior, pero los haberes vinculados al mercado de trabajo representan para ellos una proporción más importante (12,5%) en su estructura de ingresos.

Gráfico 9. Composición del ingreso según conglomerados de adultos mayores



Fuente: Elaboración propia en base a ECH-INE 2008.

En cambio, los hogares en que se ubican los dos grupos de adultos mayores de mayor vulnerabilidad obtienen algo más de la mitad de su renta en el mercado de trabajo. Este aspecto está naturalmente asociado al carácter multigeneracional de sus arreglos familiares. En este punto, conviene distinguir la situación del cluster de las “Mujeres vulnerables” respecto a la del que se ha identificado como “Mixto vulnerable”. Las primeras presentan, tal como se mencionó más arriba, tasas de actividad muy bajas, como se vio, prácticamente iguales a las registradas entre las “Mujeres autónomas”. De allí se deduce que, en buena medida, dependen económicamente de los aportes de otros miembros del hogar, ya sea el cónyuge u otros familiares de las generaciones más jóvenes, que sí participan activamente en el mercado laboral. En el caso de los adultos mayores del cluster IV (mixto integrado), el peso relativo de los ingresos monetarios por trabajo deriva, además, de los niveles comparativamente altos de actividad de los propios viejos, uno de los rasgos distintivos de este grupo.

c. Características sociodemográficas de los adultos mayores uruguayos vinculadas a las cuatro transiciones típicas

Los cuatro grupos identificados presentan además algunas diferencias en cuanto a sus características sociodemográficas. En primer lugar, los dos clusters de mujeres, pero sobre todo el de las Autónomas, son algo más envejecidos, en tanto el Mixto vulnerable tiene la estructura comparativamente más joven de los cuatro (cuadro 6). En parte, estas diferencias responden a la feminización de la población más vieja. Otra línea de interpretación tiene que ver con la noción de cursos de vida. Como se desprende del cuadro referido, más del 40% de los adultos mayores del grupo Mixto vulnerable tiene entre 65 y 69 años. Esta circunstancia, presumiblemente, explique tanto el menor acceso a pensiones –el acceso a muchas de las cuales está directamente relacionado a la edad, por ejemplo, las pensiones por vejez-, como la combinación de jubilación y trabajo comentada antes. Podría plantearse, en este sentido y a manera de hipótesis de trabajo, que algunas de las características propias de este conglomerado se asocian a una etapa transicional entre los últimos años del ciclo activo y los primeros de la vejez.

Cuadro 6. Estructura por edad y edad promedio según conglomerados de adultos mayores.

	I “Mujeres autónomas”	II “Mujeres vulnerables”	III “Mixto integrado”	IV “Mixto vulnerable”	Total
65-69 años	20,2	25,9	25,2	43,4	28,4
70-74 años	23,4	22,2	28,0	26,0	25,4
75-79 años	24,7	20,0	24,0	15,8	21,5
80 años y más	31,7	31,9	22,8	14,8	24,7
Total	100	100	100	100	100
Edad promedio	76,3	75,9	74,7	72,3	74,7

Fuente: Elaboración propia en base a ECH-INE 2008.

El nivel educativo de esta población, por su parte, resulta algo más difícil de interpretar. En primer término, los resultados muestran una situación más homogénea de la esperada de acuerdo a las diferencias registradas en cuanto a las condiciones de vida, el acceso al bienestar y los riesgos de pobreza. Aunque las “Mujeres vulnerables” presentan niveles algo más bajos de instrucción, la situación de los otros tres grupos es básicamente igual (cuadro 7). Es probable que, especialmente en el caso del grupo “Mixto Vulnerable”, correspondiente a cohortes poblacionales más jóvenes, estos logros deban considerarse en, términos relativos, como algo menores.

Cuadro 7. Nivel educativo alcanzado según conglomerados de adultos mayores.

Niveles reagrupados	I “Mujeres autónomas”	II “Mujeres vulnerables”	III “Mixto integrado”	IV “Mixto vulnerable”	Total
Sin instrucción	5,4	7,4	4,6	4,7	5,4
Primaria	59,6	68,4	63,1	61,8	63,1
Media o más	35,0	24,2	32,3	33,5	31,6

Fuente: Elaboración propia en base a ECH-INE 2008.

En relación a la situación conyugal, debe llamarse la atención antes que nada en el altísimo porcentaje de viudas en los dos conglomerados femeninos: aproximadamente, dos de cada tres. Tal como se ha documentado en otro lugar (Rodríguez y Rossel, 2009), esta situación responde a la combinación de distintas pautas demográficas y sociales: una mayor esperanza de vida de las mujeres, la menor edad de la cónyuge en el promedio de las uniones y la baja probabilidad de que ellas vuelvan a formar pareja en caso de viudez o disolución. Además, una de cada diez “Mujeres autónomas” está divorciada, valor que casi duplica el promedio para la población de 65 años y más. En los dos grupos Mixtos, casi ocho de cada diez están casados. El porcentaje de viudos asciende en estos casos a cerca del 10% y los divorciados son más bajos que en el promedio (4,4% y 3,1% entre los Mixtos integrados y vulnerables respectivamente).

Cuadro 8. Situación conyugal según conglomerados de adultos mayores.

	I “Mujeres autónomas”	II “Mujeres vulnerables”	III “Mixto integrado”	IV “Mixto vulnerable”	Total
Divorciado/a	11,3	7,4	4,4	3,1	6,2
Casado/a	8,6	18,6	79,2	81,6	52,5
Viudo/a	66,9	67,7	8,8	11,9	33,7
Soltero/a	11,5	4,9	6,0	2,6	6,2
Separado/a de unión libre	1,7	1,4	1,6	0,8	1,4
Total	100	100	100	100	100

Fuente: Elaboración propia en base a ECH-INE 2008.

En cuanto a la localización territorial, se registran dos grandes situaciones. En primer lugar, los dos clusters de Mujeres (autónomas y vulnerables) presentan una situación muy similar entre sí: casi la mitad de ellas reside en la capital del país y aproximadamente un 40% vive en localidades urbanas grandes (5 mil y más habitantes).

Cuadro 9. Localización territorial según conglomerados de adultos mayores.

	I “Mujeres autónomas”	II “Mujeres vulnerables”	III “Mixto integrado”	IV “Mixto vulnerable”	Total
Montevideo	49,4	47,6	42,5	37,1	43,8
Localidades de 5.000 habitantes y más del interior	41,1	43,0	42,3	47,3	43,3
Localidades menores de 5.000 habitantes y localidades rurales del interior	9,5	9,5	15,2	15,5	12,9
Total	100	100	100	100	100

Fuente: Elaboración propia en base a ECH-INE 2008.

Los dos clusters mixtos, en tanto, presentan un peso comparativo mayor del interior del país, en particular, en las localidades urbanas menores o en las áreas rurales (15,5%, aproximadamente). Además, en el Mixto vulnerable se observa el menor porcentaje relativo de adultos mayores que residen en Montevideo (37,1%).

Conclusiones

En un contexto de envejecimiento mundial, Uruguay constituye un caso interesante para analizar las desigualdades que se dan en torno al acceso al bienestar durante la vejez, dado que es un país envejecido y con un sistema de protección maduro. Por esta razón, la identificación de distintos grupos de población alrededor de los mecanismos que garantizan el bienestar brinda luz no solo sobre su morfología, sino también sobre las principales políticas que deberían llevarse a cabo para desarticular los mecanismos que cristalizan estas realidades.

A pesar de que la vejez es la etapa en la que se registra menor proporción de pobres y menores niveles de desigualdad en materia de ingresos, mayor acceso relativo a la atención de la salud y mayor acceso a la vivienda, esto no debe invisibilizar dos cuestiones sustantivas. Primero, la gran heterogeneidad al interior de este universo se evidencia claramente con la existencia de cuatro grupos con marcadas diferencias sociodemográficas. Segundo, aun cuando en la comparación con otros grupos etarios, los adultos mayores se encuentran relativamente mejor, un conjunto de ellos enfrenta serios déficits de bienestar o se encuentran en situación de vulnerabilidad extrema.

El artículo identifica cuatro formas de transición a y por la vejez., diferenciadas básicamente según sexo, el tipo de arreglo familiar, la exposición a la pobreza y el nivel de actividad.

El primer grupo, que denominamos “Mujeres autónomas” está compuesto por mujeres que, en su mayoría, viven solas, con una gran proporción de viudas e, incluso, divorciadas. Tienen niveles comparativamente altos de ingresos *per cápita* -derivados esencialmente de jubilaciones y/o pensiones-, una buena cobertura de salud y muy bajas probabilidades de caer en situación de pobreza. De los cuatro identificados, este grupo es el de mayor promedio de edad. Este rasgo, sumado a una estructura familiar predominantemente unipersonal, parecería configurar una situación específica de necesidades asociada a los servicios de cuidados personales. De acuerdo a las

características descritas, es posible que, en caso necesario, estas mujeres puedan satisfacer estas necesidades en el mercado.

El segundo grupo, de “Mujeres vulnerables”, presenta una estructura de riesgos considerablemente distinta. Aunque una proporción muy importante de ellas no vive con su cónyuge –por viudez o menos frecuentemente, por separación o divorcio-, la estrategia predominante en este grupo son los arreglos con otros familiares en hogares extendidos, frecuentemente, con jefatura a cargo de la generación posterior (hijos, yerno, nuera u otros parientes). Es posible que este tipo de arreglos estén dando cuenta de una menor autonomía económica de estas mujeres en relación a las del grupo anterior, en parte, derivada de una cobertura de jubilaciones menos extendida. Aunque este segundo grupo está lejos de constituir un “conglomerado de pobres”, un porcentaje comparativamente importante de ellas se encuentra en situación de pobreza.

Los restantes dos grupos están compuestos por hombres y mujeres. El denominado “Mixto integrado” está compuesto por adultos mayores que generalmente viven en hogares nucleares. En el caso de los hombres, aproximadamente uno de cada cinco mantiene su inserción en el mercado de trabajo, pero el núcleo familiar cuenta de todos modos con una alta cobertura de seguridad social por concepto de jubilaciones y pensiones. Al igual que las mujeres autónomas, estos hogares están prácticamente inmunizados contra los riesgos de la pobreza, aunque su ubicación en la estructura total de ingresos es algo menos favorable.

Por último, el conglomerado “Mixto vulnerable” reúne a adultos mayores de ambos sexos que se ubican en hogares extendidos multi-generacionales. En promedio, presentan un nivel importante de acceso a jubilaciones, pero no a pensiones, situación que se combina con una alta tasa de actividad. Sus niveles de ingreso *per cápita*, prácticamente idénticos a los registrados para el grupo de “Mujeres vulnerables”, así como la incidencia comparativamente alta de la pobreza, sugieren que la combinación de jubilación y trabajo constituye para ellos una estrategia de “sobrevivencia”. Esta configuración se asocia presumiblemente además a su edad. En efecto, se trata del grupo promedialmente menor de los cuatro identificados, lo que sugiere que se encuentran todavía en plena transición desde un ciclo vital al siguiente, sin todavía

haber terminado de efectuar la moratoria de roles entre la etapa previa y la vejez propiamente dicha.

Esta última consideración lleva a plantear que los cuatro grupos identificados no constituyen necesariamente posiciones estancas. En cambio, parece plausible pensar que, al menos en algunos casos –muy posiblemente en el último- estén indicando etapas en la transición hacia la vejez.

Estos grupos suponen distintas configuraciones de riesgos, pero fundamentalmente distintas formas de acceso al bienestar que reclaman una serie de dispositivos específicos diferenciados y que operen en dos sentidos. Por un lado que mejoren la calidad de vida de los grupos más vulnerables de esta población, y por otro que comiencen a desarticular aquellas características más estructurales que cristalizan estas situaciones de vulnerabilidad en esta edad pero que normalmente se gestan antes de llegar a ella, orientadas a garantizar una protección extendida y de calidad para este grupo.

Bibliografía

- Bucheli, M. González, C. y Olivieri, C. (2010) “Transferencias del sector público a la infancia y vejez en Uruguay (1994-2006)”. Documento No. 03 DECON-FCS-UDELAR. (ISSN 1688-5031)
- Elder, G. (1998) "Life Course and Human Development." Pp. 939-91. En: Damon, W. (ed) *Handbook of Child Psychology*. New York: Wiley
- Filgueira, F. Rodríguez, F. Rafaniello, C., Lijtenstein, S. y Alegre, P. (2005) “Estructura de riesgo y arquitectura de protección social en el Uruguay actual: crónica de un divorcio anunciado”. *Prisma Nro 21*, pp. 7-42.
- Gonnot, J. P (1995) “Demographic changes and the pension problem: evidence from twelve countries”. En: Gonnot, J. P, Keilman, N. y Prinz, C. *Social Security, Household, and Family Dynamics in Ageing Societies*. La Haya: Kluwer.
- INE (2009) *Estimaciones de Pobreza por el Método del Ingreso 2008*. Montevideo: INE. En: <http://www.ine.gub.uy/biblioteca/pobreza/Publicacion%20Estimaciones%20de%20Pobreza%20por%20el%20Metodo%20del%20Ingreso%202008.pdf>
- Kaztman, R. y Filgueira, F. (2001) *Panorama de la infancia y la familia en Uruguay*. Montevideo: IPES-UCUDAL.
- Paredes, M. (2008) “Estructura de edades y envejecimiento de la población”, En: Varela, C. (coord) *Demografía de una sociedad en transición. La población uruguaya a inicios del siglo XXI*. Montevideo: Programa de Población/Unidad Multidisciplinaria – Facultad de Ciencias Sociales/UDELAR – UNFPA.
- Pereira, J. Monteiro, L. Gelber, D. (2005) “Cambios estructurales y nueva configuración de riesgos: desbalances e inequidades en el sistema de salud uruguayo”. *Prisma Nro 21*, pp. 141-168.

Rodríguez, F. y Rossel, C. (coord.) (2009) *Panorama de la vejez en Uruguay*.
Montevideo: UCU-UNFPA.

Settersen, R. (2006) “Aging and Life Course”. En: Binstock, R. y George, L. (eds)
Handbook of Aging and the Social Sciences. Burlington-MA: Elsevier.

UN-DESA (2007) *World Economic and Social Survey 2007. Development in an Ageing
World*. New York: UN-DESA.